

(28.)

lla, y sabiendo que la pobreza era la causa de su desavenencia: ¿por pobre te peleas? (la dixo): como me des palabra de llevarte en paz, yo remediaré tu pobreza. Inmediatamente hizo llamar al marido, y mandó se le entregasen quinientas cabezas de ganado cabrío, las que él poco á poco satisfizo, quedando ambos en paz y remediados. Pero por último, él solicitaba tambien la paz por el arbitrio de exponer su vida y aventurar su persona, lo que justifica este otro tan admirable pasage. Levantáronse, no sé con que ocasion, los Indios de la Mision de *Palmillas*, y estaban tan ciegas y enfurecidas aquellas bárbaras gentes, que no fueron bastantes para sojuzgarlas y sosegar el motin, ni aun las temibles armas de la tropa. Presentóse Don Melchor á la frente de aquella turba irritada, y no de otra suerte que un San Ambrosio, quando siendo aún lego se apersonó por orden de Probo Prefecto en la Iglesia de Milán para serenar un tumulto, lo que consiguió en virtud de su eloquencia: no de otra manera (si ya me es lícito hacer semejante paralelo) que un San Leon Papa, quando á las puertas de Roma reprimió el furor de Atila, que con un poderoso ejército venia sobre ella: así nuestro Don Melchor apaciguó la cólera de los bárbaros, dicién-

(29.)

dolos de este modo: ¿Qué es esto, hijos míos? ¿No soy yo vuestro Padre? ¿Porqué ha sido esto? Sabian bien ellos que Don Melchor era allí (dígolo con las expresiones del informe) el asilo de los pobres, el amparo de las viudas, el Padre de los huérfanos y el habilitador de los adeudados: y así no fué mucho que fuera tan poderosa su voz para sosegarlos, pues era tan franca su mano en socorrerlos: medios de que él se valia para buscar y seguir por todos caminos la paz: *Inquire pacem, & persequere eam.* Y estos mismos los ordenaba en todo caso á agradar á Dios, proveyendo de este modo á su propia alma, que es la mas importante y mejor misericordia: *Miserere anime tue, placens Deo.*

SEGUNDA PARTE.

PERO he aquí, Señores, que yo insensiblemente me he entrado ya en mi segundo punto, que es el socorro de los próximos por medio de las limosnas y algunos otros arbitrios: punto á que protesto con ingenuidad que no quisiera acercarme, porque en esta parte la abundancia me hace pobre. Porque ¿quien hay que pueda exponer en breve rato, ó reduciéndose á pocas lí-

(30.)

neas, los ricos á quienes nuestro Héroe (nunca tan verdaderamente tal como lo fué en el presente argumento) los ricos, digo, á quienes en varios lances habilitó, los pobres que socorrió, los enfermos que curó, los afligidos á quienes consoló, los pupilos que educó, las doncellas cuya virginidad defendió, las viudas cuyo recato conservó: todo por medio de los empréstitos que hizo, de las limosnas que daba, y de las gruesas cantidades que expendia á beneficio del Público? Pero para decir algo de lo mucho que pudiera (ó por mejor decir de lo mucho que quisiera y no puedo) será preciso hablar metódicamente: primero, de los ricos urgidos: luego, de los pobres necesitados, y últimamente, de los enfermos desvalidos, que fueron el objeto de su generosidad caballerosa y su franqueza christiana.

I. Ya saben todos que aun en las mas copiosas fuentes algunas veces falta el caudal de sus aguas; y así no es mucho que aun los mas acomodados sujetos experimenten no pocas ocasiones ciertas intermitencias que les hacen ver la cara á la necesidad, y hallarse precisados á implorar agenos socorros en sus cuitas. Conocia muy bien esto el

(31.)

Caballero Noriega, aun por su propia experiencia; y como estaba dotado de una gran nobleza de corazon, ilustrada por la caridad christiana, no podia sufrir el ver urgidas á esta clase de personas, sin que luego se inclinase á dar la mano á los caidos. Por eso solia decir: *To tengo para mí muy bastante, y no tenia necesidad de apurarme ni andar pidiendo prestado; pero no es tolerable el ver á otros congojados.* Y ya que Don Melchor quando estaba muy sobrado, á la manera del Niño, que quando sale de madre comunica á las sedientas campiñas el saludable humor de que está lleno, así él fertilizase los necesitados campos de las urgencias ajenas; aún diriamos que era efecto de una nobleza natural, y de una genial beneficencia; pero que él, animado del espíritu que nos sugiere el Apóstol, (13) quisiese congojarse con los congojados, adeudarse por los adeudados, y suplir lo que tan poco tenia, no puede ménos que haber provenido esto de un corazon caritativo, y de un espíritu empeñado en la imitacion de aquel Señor, de quien se dixo: *Verè languores nostros ipse tulit, & dolores nostros ipse portavit.* Es verdad que nuestro caritativo Caballero, no ignoran-

(13) *Flere cum flentibus.* Ad Rom. 12. v. 15.

do que la misericordia christiana se debe ocultar quanto se pueda, y que si es posible, no debe transcender la mano siniestra, lo que practica la derecha, es verdad, digo, que él tergiversaba en algun modo los brillos de esta virtud tan ilustre á los ojos de los hombres, con decir: que no era virtud en él, sino efecto de su genio. Pero valga la verdad, Señores míos, ¿qué genio hay, por vida vuestra, que incline á desposeerse de lo que precisamente se necesita para salir de sus ahogos, por ministrarlo á otro que tambien lo ha menester? ¿Y quantos y quan repetidos lances le ocurrieron á Don Melchor de este jaez, en que él se metió en mayores cuidados por extraer á otros de los suyos? Uno especificaré, que ciertamente me admira, y es igual á otros muchos en que practicó lo mismo. Hallábase en cierta ocasion afligido por mas de once mil pesos, que debia enterar en breve plazo. No tenia para el efecto mas que cinco, quando ocurrió un Caballero á pedirle tres mil, que aunque no ignoraba la actual situacion de Don Melchor, pero sabia bien su carácter y habitual disposicion para aliviar las agenas affixiones. *Ea vaya*, dixo el difunto, *lo mismo es apurarse por seis, que por nueve que me falten*: y diciendo y haciendo le suplió los tres mil pesos.

Vuelvo á preguntar, Señores, ¿si puede ser este efecto del genio, travesura, por explicarme así, de la liberalidad, ó tiene origen superior esta largueza? Era necesario estar muy naturalmente desprendido del amor propio para discurrir del primer modo; porque de otra suerte, qualquiera ha de conocer que el espíritu que obraba en D. Melchor estos tan raros fenómenos, no era sino el de una legítima y sólida christiandad: christiandad en fuer de la qual él jamas embargó á ninguno de los muchos que pudiera por no haberle satisfecho el principal con que los habilitó: christiandad que le hacia conocer prácticamente, que no perdona Dios al que á otro no perdona, y que el siervo inmisericordioso y tirano es condenado á la tortura, hasta que satisfaga él su propia deuda.

II.

No le sucederá así al que á mas de no dar empujones á las paredes inclinadas, y á las cercas que se estan viniendo abaxo, para usar de la frase de las santas Escrituras: *Tanquam parieti inclinato, & maceriae depulsae*: por las que podrian entenderse con toda propiedad los ricos urgidos, que se ven á peligro de caer de su estado; ántes por el contrario, saca de los cimientos otras

casas de los pobres necesitados, y las levanta por medio de la limosna. ¿Quantas levantó de nuevo, quantas reedificó, quantas reparó como diestro Arquitecto de la caridad nuestro Héroe? ¡Ah! si hablaran las de Santander y sus contornos, donde fué el noviciado de su misericordia, ellas nos dirian como se levantaron en sus principios, y aun subsisten hoy por medio de los empréstitos de Don Melchor: empréstitos arreglados á la ley del Evangelio, que nos manda dar el mutuo sin esperar logro alguno: *Date mutuum nihil inde sperantes*: empréstitos que no llevaban mas interés, como asegura quien allá le conoció, que el espiritual y eterno: empréstitos, finalmente, en que muchas veces no le volvian ni el principal. Si hablaran, vuelvo á decir, las calles de aquella recién fundada Ciudad, ellas nos dirian como frecuentemente salia Don Melchor al abrigo de las tinieblas y de su capa, para no ser conocido, como otro Nicolás Obispo, socorriendo de puerta en puerta las miserias de los pobres. Ellas nos dirian quantas lágrimas costó á sus habitantes el retiro de Don Melchor de aquellos á estos países, y como suspiraban por su Padre, viniendo muchos á solicitarle hasta acá, y volviendo socorridos; pero está demasiado distante aquella Colo-

nia, para que aunque hablase se pudiesen escuchar sus voces y sus clamores. Habla tú, noble Ciudad de Querétaro, que has sido muchos años ha el teatro no ménos que de su habitacion, de sus franquezas: ¿dinos quantas fueron las niñas doncellas, que como otras tantas inocentes avesillas, mientras buscaban el sustento estaban expuestas á ser devoradas de los rapaces milanos, y las puso á cubierto el difunto, asegurándolas en los encierros, ó á lado de sus honradas Madres en sus casas? ¿Dinos otra vez, quantos pupilos, quantos huerfanos, que como tiernas plantas las hubiera cocido y desecado enteramente el hielo de la necesidad, las regó, cultivó y abrigó la caritativa mano de D. Melchor, ministrándolos los alimentos y fomentándolos en los Estudios y Colegios? ¿Dinos quantas viudas, (*) que como nobles vides necesitadas de arrimo, habiéndoles faltado el de aquel olmo que las sostenia, se hubie-

(*) Nada se ha insertado en el cuerpo del Sermon de la piedad de D. Melchor para con su Madre, que aún vivia, y con sus hermanos y parientes, por no haberse encontrado lugar oportuno; pero se sabe que á aquella le estaba remitiendo incesantemente socorros para su manutencion, y á estos los procuraba habilitar, mantener ó colocar, para no incurrir en la terrible censura del Apóstol: *Si quis autem suorum* &c. 1. ad Timot. 5. v. 8.